CAPITULO XIV.

LA ESCALERA DEL CUCO.

Aldama, Quintero y Blanco, felicitándose por haberse desprendido de Don Manuel de la Rosa, salieron á las seis de la mañana de la casa de Teresa.

Blanco, aunque avezado en el crímen, conservaba para el amor algo de ese precioso tesoro de la juventud que forma en la primavera de la vida el prisma de las ilusiones, de manera que se sentia feliz con la posesion de Plácida. El dinero que se proponía robar era el marco dorado de aquella dicha.

Quintero y Aldama no veian en Catalina y en Teresa otra cosa que esa grosera felicidad que espende la muger, como

la mercancía de la inmoralidad; conversaciones alquiladas, y caricias automáticas al mejor postor.

Y como la virtud y la prostitucion siempre tienen, la una su brillo y la otra su hastío, aun para los corazones mas depravados, Quintero y Aldama al salir de la casa de Teresa, pensaron en Margarita.

Aldama, por que Teresa habia estrujado con sus caricias las mal cerradas heridas de un corazon que un dia se beatificó en el amor de una muger inocente.

Quintero por que sentia su orgullo nuevamente herido por la facilidad de Catalina.

En vez de conformarse con Catalina por fácil, prescindiendo de Margarita, Catalina lo inducia á empeñarse en una conquista dificil.

Aldama por su parte, temia tocar con Quintero esos asuntos. Conocia que no haria mas que complicar su situacion, y tal vez poner rémoras al asunto principal, que era el de la casa de Dongo; de manera que se despidió de Quintero, pensando en emplear el dia en otros asuntos.

—Pienso ir á los gallos.

—Allí nos veremos, dijo Quintero, para que allí citemos punto de reunion para la noche.

—No faltaré.

Y ambos amigos se separaron.....

.....

Rogamos al lector nos acompañe, si como lo esperamos tiene deseos de saber el paradero de Margarita.

Margarita hubo de persuadirse bien pronto, de que si estaba salvada de las garras de Quintero, estaba presa en aquella casa.

—¿Quién me ha salvado? decia ¿y quién me retiene en esta pocilga? mi carcelera no me pierde movimiento y nada he podido averiguar que me dé una luz sobre lo que debo esperar. ¿Qué pensarán hacer conmigo y hasta cuando durará mi cautiverio?

El aspecto repugnante de la carcelera de Margarita y su estado casi de idiotismo, no se prestaban á que Margarita pensara en sacar ningun partido favorable de aquella muger, que no sabia otra cosa que cumplir automaticamente con una consigna, dada sin duda por quien tenía poderoso ascendiente sobre ella.

—Por otra parte, pensaba Margarita. Suponiendo que lograra salir de aquí ¿adonde iría? ¿A quién ocurriría para que me amparase, cuando soy sola en el mundo? Felipe ya no me ama, se burlaría de mi dolor. ¡ah no, quién sabe! yo le volvería á atraer, por que creo que hay dentro de mí, un poder superior á su indiferencia y hasta á su ódio. Yo me arrojaré á sus piés y le llamaré otra vez hacia mí; yo creo que es muy elocuente la voz de mi amor y Felipe me ha amado y ha podido ser feliz: sí.. sí, yo tambien volveré á ser feliz.

Margarita acariciaba esta ilusion y con ella mitigaba el temor de su porvenir incierto.

Las horas se sucedian con una lentitud pesarosa y cada ruido, cada accidente por insignificante que fuese, absorbia toda su atencion, creyendo ver por momentos el indicio de un cambio favorable.

La pocilga que ocupaba Margarita recibia la luz por una puerta que daba á un inmundo y pequeño corral, en uno de cuyos estremos habia hacinados varios morillos.

La carcelera era una muger como de veinticinco años, de

color oscuro, frente deprimida y ojos pequeños, y su conjunto era altamente repugnante y asqueroso.

Serian las diez de la mañana, y Margarita, que apenas habia podido dormitar á ratos, tenia fijos los ojos en la puerta, cuyo dintel ocupaba incesantemente la carcelera.

Esta habia prohibido á Margarita moverse del rincon que ocupaba, y varias veces que Margarita habia pretendido acercarse á la puerta, aquella muger con gesto feróz le habia impedido dar un solo paso. Nada le habia valido á Margarita, ni súplicas ni alhagos: la carcelera era inflecsible y se prestaba poco á entrar en conversacion; de manera que Margarita se resignó á sufrir y á obedecer en silencio.

Esa mañana Margarita llevaba algun tiempo de observar que habian caido en el centro de aquel corral, algunas piedrecitas, como arrojadas intencionalmente para que sirvieran de seña.

La muger hubo al fin de notarlo, y dirijiendo una cautelosa mirada á Margarita para cerciorarse de si dormia, se levantó lentamente y se acercó al estremo del corral, hácia el rincon en donde estaban los morillos, levantó una pequeña piedra del suelo y la arrojó por sobre la tápia para que cayera al lado opuesto.

A poco tiempo apareció sobre la barda una cabeza, y en seguida se vió delizarse por los morillos un muchacho andrajoso.

Era Cuco.

Margarita, á pesar de la prohibicion de la carcelera, se colocó de modo que podia ver desde la pocilga lo que pasaba al pie de los morillos.

Todo podia imaginarse menos lo que estaba viendo.

El Cuco y la horrible carcelera eran amantes. El Cuco aprendia á amar con la carcelera y á robar con el Lobo, y solo tenia doce años.

—Oye, Lobita; decia el Cuco á aquella muger, hoy vine mas temprano por que tenemos *ganga*.

—¿En donde?

—Si me prometes ayudarme, te doy dinero.

—Veré el dinero.

—Mira: solo tengo cinco pesos; pero luego .....

—¿Ese es todo tu dinero?

—Podemos tener onzas de oro.

—¿Devera?

—Sí; pero necesitas ser muda y sorda y despues saber correr.

—¿Para qué es todo eso?

—Oye, me ha hablado un Caballero muy rico.

—¿Y qué?

—Me ha ofrecido mucho dinero si le ayudamos tú y yó á hacer una cosa.

—¿A matar?

—No Lobita, no es para tanto, no te asustes.

—Entonces.....

—Has de estar en que ese Caballero me dijo: Cuco tu eres un buen.... un buen.... quién sabe qué; pero me dió á entender que era yo un buen perro.

—¿Y qué?

—Me dijo: Cuco tu has de saber en donde tiene el Lobo escondida una muchacha. Vaya si sé, le contesté, pero si le digo á su merced, el Lobo me mata. Yo te defenderé. Me matará á traicion, le contesté. Te pones antes en salvo

te doy mucho dinero y te vas. Es una mala partida, muy mala la que le juego al Lobo. El no puede figurarse que yo sé en donde está su presa, por que no sabe que tu y yo nos queremos.

—¡Ay, si lo supiera el Lobo!.....

—¡Pobre Cuco y pobre Lobita! esclamó y luego continuó Cuco, el Lobo no le dá nada á la Lobita, la maltrata mucho, la compromete con la justicia todos los dias, y nada mas. Es justo que la Lobita se vaya á vivir con nigo para disfrutar del dinero de ese caballero.

—¿Y solo por decirle en donde está te paga?

—Y por que le dejemos hablar con ella.

—Pero lo ven entrar, y me mata el Lobo.

—Por eso no entrará por la puerta.

—¿Por donde?

—Bajará por los morillos como yo.

—¿Sabes que no me atrevo?

—No seas tonta, Lobita. Me ha ofrecido mucho dinero el patron.

—¿Y si no te cumple?

—Se lo avisamos al Lobo para que lo mate.

—Y á nosotros tambien.

—No; por que negaremos que yo le he dicho nada y le echamos la culpa á Chicas-corbas que tambien ha olido.

—Pero la presa hará escándalo: si grita nos pierde.

—No gritará por que es su amante: tu la previenes, lo recibe, y como le cuidamos la espalda podrá escapar á tiempo, sin que lo pille el Lobo.

—¿Pero solo te ha dado cinco pesos por todo eso?

—Por ahora sí; pero te repito que me va á dar mucho di-

nero.

—¿Tu me respondes de los resulados?

—Sí.

—Pues vé á avisar.

—Voy y no tardo.

Y el Cuco subió como un gato por los morillos y pasó al otro lado de la pared del corral.

La Lobita, como llamaba el Cuco á aquella muger, se dirijió hacia la pocilga.

Margarita habia tenido tiempo de volver á su rincon sin haberse enterado mas que de que el Cuco y aquella horrible muger eran amantes.

—Vengo á dar á usted una buena noticia.

—¿Cual? dijo Margarita perpleja.

—Que viene á visitar á usted su amante.

—¡Aldama! esclamó Margarita llena de gozo.

¿Aldama va á venir?

—Sí, Señorita, su amante de usted, que ha podido seducir á Cuco, para que entre aquí por los morillos sin que lo sienta el Lobo.

Margarita no comprendia una palabra de aquella gerigonza. Los nombres de Cuco y el Lobo reunidos, le causaban una estraña impresion. No sabia quien era Lobo, y en cuanto á Cuco no debia esperar nada favorable.

¿No habia estado Cuco de acuerdo con Quintero? se decia Margarita ¿cómo ahora puede estarlo con Aldama?

El que me ha salvado ha trabajado en contra de Quintero.

—¿Quién es el Lobo? preguntó por fin Margarita.

—El Lobo es.....siendo yo la Loba.....

—¿Sabe usted el nombre del caballero que ha hablado

—¿Cuco?

—Es su amante de usted.

—¿Aldama?

—Si es su amante de usted, nadie mejor que usted debe saber su nombre.

No era posible aclarar ninguno de los misterios que rodeaban á Margarita: no tenía mas partido que el de esperar.

—Felipe debe haberme buscado, pensaba. A pesar de las palabras de Quintero, de ese hombre brutal, yo presiento que Felipe me ama todavia, y que es imposible que sea cierto el infame pacto. ¿Acaso no conoce Felipe que primero me moriria que ser de otro hombre?

Felipe debe haber vuelto á mi casa: no ha podido encontrar á Dolores por que esta pobre muger se quedó en Tacuba: en seguida ha visto á Cuco y el Cuco lo trae.

Si, sí, mi corazon me dice que voy á ver á Felipe....y no obstante, tengo miedo.

Algun tiempo pasó Margarita en la mas cruel incertidumbre, hasta que al fin nuevas piedrecitas comenzaron á caer en el corral.

La Loba se levantó y fué á esperar al pié de los morillos, despues de haber contestado la seña.

Margarita cedió á su deseo y se lanzó hácia la puerta á pesar de las prohibiciones de la Loba.

Poco despues apareció sobre los morillos la cabeza del Cuco.

—Allá voy Lobita, dijo y se deslizó rapidamente hasta tocar el suelo.

No bien hubo bajado el Cuco, asomó un sombrero negro, en el estremo de los morillos.

Aquel sombrero que se destacaba en el azul del cielo, lo veia Margarita con una ansiedad que la mataba.

Alguna dificultad por fuera habia que vencer por que el caballero no avanzaba una sola línea, y solo se adivinaba debajo de aquel sombrero un hombre, del que nada, ni aun las manos se veian.

Efectivamente habia necesidad de aprov char ciertas escavaciones, hechas en la pared esterior, para poder llegar hasta aquel lugar. El Cuco las conocia bien; pero el que subiera por primera vez, encontraba grandes dificultades para ascender hasta dominar la tápia.

De repente el sombrero desapareció, y hubo en seguida un rato de mortal angustia.

—No encuentra los agujeros, decia el Cuco en voz muy baja, no es buena lagartija.

—No conoce tu escalera.

—No tengas cuidado, que aprenderá.

En seguida apareció el sombrero; pero esta vez no se detuvo, sino que en seguida apareció la robusta cara de Quintero.

Margarita dió un grito, y desapareció de la puerta: oyose una detonacion, se vió una nube de humo y la cabeza de Quintero desapareció repentinamente.

CAPITULO XV

LOS LOBOS HACEN DE LAS SUYAS.

Por un postigo que daba al corral se veia el cañon de un fusil. Detras de aquel fusil estaba el Lobo.

La Loba y el Cuco quedaron inmóviles.

Hubo un momento de estupór mientras se desvanecia el humo de la pólvora.

Despues apareció el Lobo, andubo algunos pasos en direccion á la pocilga, echó una rápida ojeada á Margarita, y en seguida miró fijamente al Cuco y á la Loba.

Aquella mirada era la confirmacion del apodo que le servia de nombre.

Era una mirada de Lobo.

El Lobo, como se recordará, tenia corto el pelo; ni mas ni menos que como el de la piel de esa fiera.

Aquellos pelos que el maestro Don Santiago habia recortado, estaban erizados con ese espeluzno que es la significacion de la ira salvaje.

Las fieras sacan tanto partido de sus pelos como las mugeres de sus luengas cabelleras.

El Lobo estaba feróz, comenzando por el pelo.

Tenia dos pequeños ojos hundidos en sus órbitas, desde cuyo fondo brillaban á veces como dos lentejuelas de plata.

El Lobo era chato, y su boca siempre entreabierta, y desmesuradamente grande enseñaba dos hileras de dientes blanquísimos, y algo aguzados, montados en encías pálidas, y sus lábios abiertos, gruesos y desvergonzados eran de un color morado oscuro.

El Lobo desde que tuvo dientes no volvió á pegar los lábios, los dientes incisivos con sus albeolos en fuerza de un desarrollo defectuoso se abrian paso á espensas de los labios, que llegaron á ser insuficientes para encubrir las encías.

El Lobo, como todos los lobos, no necesitaba mas que mostrarse para aterrorizar.

El Cuco y la Loba temblaban como dos alimañas.

—¿Qué haces aquí? gruñó el Lobo, ve á ver al muerto.

El Cuco se encaramó por los morillos con mas agilidad que la que hasta entonces habia demostrado: no parecia sino que se empeñaba en completar aquella escena que se hubiera podido representar por medio de animales.

Una zorra no hubiera sido mas lista para trepar por los morillos.

En cuanto á la Loba, si hubiera podido mover las orejas

las hubiera agachado.

El Lobo la tomó por el cuello, como hubiera podido hacerlo con un perro, la hizo andar algunos pasos agachada, y despues la envió hácia delante, con tanta fuerza, que la Loba besó las piedras á tres pasos de distancia.

La Loba no se quejó y quedó boca abajo desangrándose de la boca y de las narices.

El Cuco asomaba á la sazon por los morillos.

—No hay nada, dijo.

—¡Cómo que no hay nada! ¡canalla de perro!

—Ya se fué, maestro.

—Mientes, le apunté bien.

—Pero le *jerró* maestro.

—¡Mal rayo! ¡bájate, condenado!

El Cuco se deslizó despacio, y se paró frente al Lobo.

—¿Estás muy contento con tus orejas?

—¿Por qué maestro?

—Creo que te estorban.

—No, maestro al contrario.

—Oyes mas de lo que debes.

—¿Yo?

—Tú, bribon.

El Cuco guardó silencio: esperaba la tormenta.

—Ven acá pillo, continuó el Lobo y tomó al Cuco por una oreja, haciéndole un mal horrible.

El Cuco medio encorbado se dejó conducir.

—¡Suélteme usted, maestro, ó grito!

—Si gritas te ahorco, condenado; ¿que veniste á hacer al corral?

—Nada.

—¿Por donde entraste?

—Por los morillos.

—¿A qué venias?

—A ver á la Loba.

—¿Para qué?

—Para avisarle que la presa corria riesgo.

—¡La presa! ¡Con que sabes que hay una presa! ¿y quién te lo ha dicho, maldito?

—Yo la ví.

—Mientes.

—No miento, maestro.

—¿Qué riesgo corre la presa?

—Se la quería llevar un caballero.

—Ese caballero subia por donde tu subiste.

—Me vería y aprendió.

—¡Mal rayo! tu le enseñaste.

—Yo no, maestro.

—Vas á confesarme la verdad ó te ahorco.

—Esa es la verdad, maestro.

—Voy á darte tormento.

—No es necesario.

—Por si acaso.

Y el Lobo entró á un cuarto oscuro arrastrando á Cuco, á quien sugetó ambas manos por la espalda con la mano izquierda, mientras con la derecha tentaba para buscar una cuerda.

—No me rompa usted los huesos, maestro, por que ataranto.

—Y yo te mato, bribon. Yo te enseñaré á escalar mi casa, gato enclenque.

Y amarró al Cuco por las manos, en seguida tiró la cuerda

sobre una viga horizontal, resto de un tabique que se encontraba en aquella pieza y tiró de la cuerda; el Cuco dió un grito, por que sintió que se le dislocaban los brazos.

—Si tira usted, maestro, no hablo, aunque me muera.

—Lo veremos, dijo el Lobo y dió un segundo tiron.

El muchacho gritó fuertemente y empezó á llorar.

—Mientras mas escandalices tiro mas; tunante.

—¡Ya no, maestro! ¡ya no! ¡por Dios!

—¡Habla!

—Voy á hablar, pero afloje usted, maestro.

—Habla primero.

—No puedo.

—Habla ó tiro.

—¡No por Dios!

—¡Habla!

—¡Quedito, por Dios, maestro!

—¡Habla, bruto!

—Ya voy, ya voy; pero ya me truenan los brazos. Me duelen mucho. !Ay!....¡ay!...

—Habla y no grites.

El Cuco colgado ponia apenas las puntas de los pies en el suelo y sufria horriblemente.

—Suelte usted maestro, gritó el Cuco, pero su voz era algo apagada.

—¿Hablas ó no? ¡maldito! dijo el Lobo dando otro tiron á la cuerda y levantando á Cuco algunas pulgadas del suelo.

—Un grito horible salió del pecho del muchacho; pero aquel grito se semejaba al que dá el ganado en el matadero, un grito que empieza en la luz y acaba en las tinieblas; la desarticulacion de una sílaba por la muerte, un sonido que

empieza en el espacio y que se hunde en la tierra como el rayo.

Aquel tirón habia dejado á Cuco con la palabra en la boca; por que aquel ¡ay! no acabó de salir: parecia que el muchacho se habia ahogado con su propia palabra.

Rechinó la viga del tabique, como si la madera fuera mejor que el corazon del Lobo.

El Lobo vió á Cuco

Tenia la cara de un muerto

El Lobo soltó la cuerda y el muchacho cayó boca abajo sin movimiento.

Se oyó un ruido parecido al de una calabaza que se deja caer.

Aquella postura solo la podia conservar un cuerpo inerte.

El Lobo mismo dejó escapar un gesto, al oir el ruido que hizo Cuco al caer.

—¡Qué criatura tan delicada! esclamó volviéndole la espalda. Pues no hables; al menos no gritarás, ¡condenado! y salió del cuarto.

Se dirijió á la pocilga, lanzó una mirada feroz á Margarita y cerró la puerta por fuera y se guardó la llave.

En seguida salió del corral.

La Loba se habia escondido debajo de los morillos, y tan luego como el Lobo desapareció, se dirijió corriendo á socorrer al Cuco, cuyos gritos la habian partido el alma; pero no habia podido moverse, agoviada por un miedo cerval.

Al ver á Cuco, lanzó un rugido, lo levantó y le desató las manos. Los brazos del Cuco cayeron como los de un maniquí de gosnes.

El pobre muchacho tenia en la frente una gran herida, cu

ya sangre bajaba lentamente por encima de sus ojos cerrados. La Loba estaba tambien ensangrentada, hasta los piés; besó al Cuco y volvió á rugir.

—¡Lo mató!.... dijo al cabo de un rato, y apretó los dientes de modo que crujieron.... aquella fisonomía estúpida, se contrajo con una espresion que por estar muy cerca de la de la risa, era horrible. Cargó al Cuco y lo llevó á la puerta, lo dejó en el dintel y corrió.

A poco rato volvió con un jarro de agua, que vertió en la frente del muchacho.

Despues desgarró sus harapos como quien arranca un puñado de yerba, mojó un manojo de aquellas hebras en el jarro y lavó la herida. Como la sangre seguia corriendo, la Loba no cesaba de lavar: despues estendió un trapo sobre la herida, y sobre el trapo siguió echando agua.

—¡Está muerto mi Cuco!....¡voy á matar al Lobo!....

Y apareció en los lábios de la Loba una sonrisa feroz: una verdadera Loba se hubiera lamido los lábios.

La Loba corrió á la pocilga, la vió cerrada, y buscó despues algo tras de los morillos.

De allí salió limpiando con los harapos que le quedaban, un gran chuchillo; puso despues el índice en la punta y la yema del pulgar en el filo, empuñó el cuchillo por el mango acomodando bien los dedos, alargó el brazo y contempló la hoja por largo tiempo.

Se volvió hácia el Cuco. Los lienzos que le cubrian la frente estaban empapados de sangre. La Loba lavó de nuevo y notó que el Cuco se movia.

—¡Te meneas! gritó ¡Cuco, no te has muerto! ¡Socorro! comenzó á gritar la Loba, ¡socorro, aquí! socorro, y se lanzó

hácia la puerta del corral, atravezó una pieza, y como el Lobo en su colera se habia olvidado de cerrar la puerta, salió á la calle, gritando: ¡socorro! ¡que se está muriendo el Cuco!

Nadie pasaba por la calle, nadie estaba en la casa; volvió á donde estaba el muchacho, lo tomó en brazos, no abandonando por eso su puñal que llevaba en la mano izquierda.

El aspecto que presentaba la Loba, cargando al Cuco era horrible, ambos ensangrentados; el Cuco medio muerto y la Loba gritando como si llevara á su cachorro agonizante.

Dos hombres se acercaron á la Loba cuando esta hubo andado una buena distancia con direccion á la ciudad.

—¿A donde va esa loca? dijo uno de ellos.

—Ha matado un muchacho y carga con él.

—Lleva el cuchillo en la mano.

—Párate.

—Es el Cuco, dijo la Loba, está casi muerto.

—Ya lo vemos, dijo uno de los hombres.

—¿A donde lo llevas?

—A curarlo.

—¿Despues de haberlo herido quieres curarlo?

—Yo no lo he herido, malvados, ¡herir al Cuco!

—Es una heridora, está ensangrentada, decia uno de los hombres, interceptando el paso á la Loba.

La gente comenzaba á formar un círculo al derredor de la Loba.

—¡Es la Loba! gritaba un muchacho.

—¡Y el Cuco muerto! esclamó un vieja; mal fin habia de tener ese tunante.

—¿El Cuco muerto? ya las pagó todas, dijo Jacoba la coja apareciendo, ese pillo era muy malo.

—Se llevan á la Loba, gritaban los chicos.

—Quiero curar al Cuco, lo llevo al hospital.

El Lobo y Chicas-corbas aparecieron.

—Esa muger me pertenece; ¡paso, malditos! ¡paso! decia codeando y empujando á los curiosos.

Mala espina salió de su tienda.

—Es mi sobrino, dijo Malaespina ¿quién pretende llevarlo?

—¡A la carcel con todos! dijo uno de los hombres sacando á luz un machete; su compañero lo imitó y entre los curiosos se produjo una oleada que dispersó á muchos.

El Lobo y Chicas-corbas sacaron sus puñales y atacaron.

La Loba soltó al Cuco y blandió su cuchillo; pero en vez de lanzarse sobre los que la habian detenido, se fué en derechura al Lobo que no esperaba el ataque.

El Lobo arrojó un grito y cayó en tierra.....el cuchillo de la Loba se habia hundido en un costado del Lobo hasta el mango.

Los hombres de los machetes retrocedian por que varias piedras comenzaban á ser arrojadas por la plebe.

La Loba cargo de nuevo al Cuco y corrió con él al tendajo de Malaespina, quien cerró la puerta inmediatamente.

Los hombres de los machetes corrieron al fin y Chicas-corbas quedó dueño del campo.